

á David, á quien Dios mismo habia elegido por soberano de Israel. Siguiéron ellas este consejo, y enviaron á David el siguiente mensaje: «La sangre que corre por nuestras venas es toda de un mismo origen. Aun reinando Saul, tú eras el que capitaneaba á Israel; y á tí te ha dicho el Señor: tú apacientarás á mi pueblo de Israel, y tú serás mi caudillo.» Antes de recibir este mensaje habia mandado matar á los traidores Rechab y Baana, los cuales mataron, estando durmiendo, á Isboseth, y cortándole la cabeza, se la llevaron á David, esperando de él mercedes, porque le quedaba el reino sin contrario; y esto ayudó indudablemente á que se le juntasen en Hebron todas las tribus de Israel.

De treinta años era David cuando comenzó á reinar, y reinó cuarenta años, siete y medio en Hebron, y los demás en Jerusalem. La cual ciudad ganó á los jebuseos, que eran del linaje de Canaan; y de cuyo punto aun no habian podido apoderarse los israelitas desde que á Palestina llegaron. Mandó edificar en ella el alcázar de Sion, y la amplió, señalándola para capital del reino, y la corte de los reyes, y poco despues el trono de la religion cuando el arca de la alianza hubo entrado en sus muros. Alcanzó luego David dos insignes victorias contra los filisteos. En sus banderas traía pintado un leon, por el que mató siendo pastor, segun dice Genebrardo, y por su ocasion le trajeron los demás reyes de Judá. Luego que tuvo paz en su reino, estando ya en pacífica posesion de él, y sus enemigos por temor que le tenían, no osando enojarle, procuró que la arca del Señor estuviese en lugar decente, adonde el pueblo fuese á orar.

El arca de la alianza habia sido depositada en casa de Abinadab desde que los filisteos la restituyeron. Saul durante su reinado no pensó en llevarla á un sitio mas decoroso. A la piedad de David estaba reservado el honor de trasportarla á Jerusalem, y el de ser aplaudido con estrépitosas y repetidas voces cuando manifestó al pueblo de Israel su religioso designio. Hizo desplegar en su palacio un pabellon magnífico para recibirla; mandó á todos los sacerdotes y levitas venir de todas partes á dar con su presencia mayor solemnidad á tan augusta ceremonia, cuya pompa fué digna del precioso monumento que se miraba cual trono de la majestad divina. Púsose el arca santa sobre un carro nuevo de bueyes que se construyó con este fin, segun el parecer del mismo Abinadab, faltando en esta parte á lo mandado por Dios en el libro de los Números, que fuese en hombros de levitas: un inmenso gentío iba en su derredor entonando los cánticos sagrados compuestos por el mismo rey para

realzar la gloria de aquel dia; el aire retumbaba al son de mil instrumentos músicos; todo era regocijo, todo era triunfo y gloria; mas un incidente desgraciado derramó una gota de hiel en la copa de tan plausible alegría. Inclínose á un lado el arca, y fué de manera que iba á caer: un levita llamado Oza levantó la mano para sostenerla, y murió en el acto en castigo de su temeridad (*) porque quebrantó la ley que prohibia á los levitas tocar el arca con pena de muerte. La vista de este castigo aterrorizó á David, y no osó llevar el arca á su casa, sino quiso que estuviese depositada en casa de un varon virtuoso, llamado Obededon, en la cual estuvo tres meses, derramando en ella el Señor copiosas bendiciones y todo género de prosperidades.

Nótese que en esto mostró David su humildad, teniéndose por indigno de hospedar en su alcázar de Sion el arca, y que por recibirla Obededon con humildad, le hizo Dios bien á él y á toda su casa. Espere, pues, recibir lo mismo del Señor el que dignamente recibe el Santísimo Sacramento figurado en el arca.

Tranquilizado David, y viendo que el arca era un manantial de felicidad, volvió al pensamiento de trasladarla á su palacio, y tomó cuantas precauciones requeria la santidad del depósito. Fué á casa de Obededon con los ancianos de Israel y los oficiales de su ejército. Sobre sus hombros llevaban los sacerdotes el arca, y á cada seis pasos inmolaban las víctimas del sacrificio. Seguiala un coro de levitas tocando instrumentos armoniosos y haciendo retumbar los cielos con cánticos que todo el pueblo repetía animado en su fervorosa devocion con las melodiosas y sublimes vibraciones del arpa de David. Iba el inspirado rey desnudo de las vestiduras reales y vestido de finísimo lino blanco delante de ella, y en el transporte de su alegría, con humildad grande, tañía el arpa y danzaba á un tiempo mismo; y así hechos muchos sacrificios, y puesta el arca en su lugar, dando á todos los que se hallaron presentes una espléndida comida, los despidió.

(*) La ley mandaba que el arca fuese llevada por los levitas de la familia de Caath (*Num. 4, 15*); y Oza interpretando la ley á su arbitrio, fué de parecer que el arca fuése en carro y no en hombros de levitas, como Dios mandaba. De aquí es que recaía sobre él la culpa de todo lo que podia sobrevenir al arca. Los intérpretes creen comunmente que el castigo de Oza fué solo temporal, y que Dios le dió lugar de arrepentirse de su falta antes de morir. (*Scío, not.*)

Habiale sido restituida á David su mujer Micol, luego que Abner dejó de seguir á Isboseth, quitándose la el mismo Isboseth á Phalti, del cual dice S. Jerónimo, que no la conocía carnalmente por no ir contra lo que la ley mandaba, y tambien por temor á David, de quien se decía que habia de ser rey. Habiendo, pues, visto Micol lo que David hizo delante del arca, le disgustaron tan vivas muestras de fervorosa devocion; y así cuando salió á recibirle, díjole con ironía: «Mucho se ha honrado hoy el rey de Israel, descubriéndose delante de las criadas de sus siervos, y desnudándose como si se desnudara un bufon.» Respondióle David: «Delante del Señor, que me escogió mas bien que á tu padre, y á toda su casa, y me mandó que fuera yo caudillo sobre el pueblo del Señor en Israel, danzaré, y me haré mas vil de lo que me he hecho: y entiende, que quanto mas despreciable y vil aparezca en mis ojos, tanto mas glorioso y grande será en presencia del Señor.» Micol fué estéril toda su vida porque así se habia burlado de David, cediendo á un sentimiento de soberbia.

Viendo David cimentado su trono, y sin temor de enemigos, se propuso edificar un templo al Señor; mas antes de comenzar la obra, parecióle conveniente consultar al profeta Natan, y díjole: «Ves que yo habito en una casa de cedro, y el arca de Dios está colocada debajo de un pabellon de pieles.» Entendió al rey el profeta, y le confirmó en su idea; mas á la noche siguiente Dios habló al profeta Natan, y mandóle que dijese de su parte á David, que no era su voluntad le edificase el templo, porque habia derramado mucha sangre; sino que lo dejase para un hijo suyo, cuyo reinado seria mas pacífico, y sin quien le hiciese guerra; agradeciéndole empero su buen deseo.

Coligese de aquí que no siempre el espíritu divino iluminaba el espíritu del profeta, sino cuando era su voluntad; y por lo mismo se sigue, que podian ellos hablar cosas como hombres particulares, y no acertar en ellas; aunque todo lo que de ellos se halla escrito, y nos lo propone la Iglesia por cosa suya, porque fué dicho en cuanto á profetas, es infalible verdad. Lo mismo sucede en los sumos pontífices, de los cuales cualquiera que define y determina como de fe alguna cosa, en cuanto sumo pontífice y cabeza de la Iglesia, guardando las debidas circunstancias, su determinacion es de fe: y con esto puede, en cuanto hombre particular, seguir alguna opinion, no del todo cierta.

Sabida de David la voluntad de Dios, de que no él, sino su hijo, le edificase templo, por la razon significada, dióle gracias por ello, mostrándose muy obediente. Y entendiendo que á él le

daba encargo de hacer guerra á los idolatras, tomólo tan de veras, que á los filisteos y á los moabitas, despues de haberlos vencido, hizo que le pagasen tributo. Al rey de Saba, llamado Adárezer, que vino favorecido de gente de Siria, á sujetar á los que vivian junto al rio Eufrates, tambien le venció David, mandándole mucha gente; y dejando á los de Siria sujetos, volvió á Jerusalem con grandes riquezas de oro, y de otros metales, que sirvió á Salomon despues en la fábrica del templo.

Estando David en grande prosperidad, acordóse de Jonatás su amigo, y sabiendo que quedaba un hijo suyo llamado Miphiboseth, lisiado de los dos pies, mandó á un criado suyo, que lo habia sido de Saul, llamado Siba, que de todas las tierras y patrimonio que fueron de Saul, tomase posesion en nombre de Miphiboseth, y que le diese los productos, y quiso además que residiese en su corte.

Supo David que habia muerto el rey de los ammonitas, con quien tuvo particular amistad: envió embajadores á Hannon, hijo suyo, creado nuevo rey, para consolarle de la muerte de su padre y darle el parabien de su nuevo reinado. No faltaron entre sus cortesanos quienes le dijese que David enviaba aquella gente para espiar la tierra; creyólo el rey y mandó prender á los embajadores, y para castigarlos y afrentar á David, mandóles raer la mitad de la barba, y cortar los vestidos por lugar vergonzoso, y de esta suerte los despidió. Avisado David del suceso, mandó detener á los embajadores en Jericó, hasta que les creciesen las barbas, y envió á Joab contra los ammonitas: venciólos una vez en el campo; mas rehiciéronse, y juntaron grandes fuerzas de vecinos de los de Siria, los cuales por librarse del tributo que pagaban á David, trataron de favorecerle. Salió David en persona contra ellos, venciólos, y mató á muchos. Los que quedaron con vida de los ammonitas, hicieron fuertes en la ciudad de Rabbach; los de Siria tornaron á la obediencia de David, el cual volvió á Jerusalem, y envió sus ejércitos con Joab á cercar la ciudad de Rabbach. Tomóse despues de largo cerco; y fué quitado el reino de los ammonitas á Hannon, y dado á un hermano suyo; y así vengó David la afrenta hecha á sus embajadores, y quedó firme la amistad que tuvo con el rey de los ammonitas, padre de estos dos hermanos; el cual, como se ha dicho, tuvo consigo en el tiempo que David anduvo desterrado, á sus padres, y parientes, y les hizo mucho bien.

En medio de la gloria que este sabio y piadoso príncipe habia alcanzado con sus virtudes y hazañas, se estravió por un momen-

to, y con su ejemplo mostró cuanto debe temer el hombre su propia flaqueza y precaverse de los peligros á que está espuesta. David, el hombre formado segun el corazon de Dios, gran rey y gran profeta, cometió dos crímenes enormes, adulterio y homicidio. Durante el cerco de Rabbach, y estando David en Jerusalem, paseándose cierto dia por la azotea de su palacio, vió bañarse á una mujer muy hermosa llamada Bersabé, esposa de Urias, uno de los principales oficiales de su ejército y que le habia acompañado mientras anduvo desterrado de Israel. Mandóla venir á palacio y cometió con ella adulterio. Para ocultar este delito, David envió luego á llamar á su marido Urias, para que tratando con su mujer el adulterio se encubriese. Mas venido, aunque el rey le detenia consigo, y procuraba que comiese y bebiese con exceso, no pudo acabar de él que fuese á su casa, ni que viese á su mujer; alegando que no parecia bien que estuviese su general en el campo con su ejército, y él regalándose y dándose á deleites; por lo cual David tomó otro acuerdo, y fue que le dió una carta en que mandaba á Joab que espusiese á Urias en lo mas trabado del combate y le abandonase á la muerte: todo lo cual cumplió Joab, y Urias pereció desamparado por su jefe, y David se desposó con Bersabé.

De este hecho se advierte, primero, que es malo ponerse en ocasion de pecar. Mal hizo Bersabé en bañarse en lugar descubierto, y mal hizo David en mirarla atentamente, siendo hermosa. Segundo, adviértase que un pecado trae otro pecado, y por lo mismo debe procurar salir pronto de él, quien lo cometiére, para escusar este daño. Tercero, que pensó David encubrir su adulterio con la muerte de Urias, y fué esto causa de que se publicase, pues no hay suceso en aquel tiempo de que tanto se hable. Y cuarto, que nadie confie mucho de sí, viendo á David en tan gran alteza, tan privado de Dios, caer en tanta bajeza y miseria.

Muerto Urias, envió Dios al profeta Natan á David para hacerle ver la enormidad de su delito y anunciarle su justo castigo. Fué el profeta al palacio de David, y le preguntó qué pena merecía el que teniendo muchas ovejas, habia tomado á un pobre una sola que poseia. David, irritado en extremo, respondió que aquel hombre merecía la muerte. Replicó el profeta: «Ese hombre eres tú: tenías muchas mujeres, Urias una sola, y se la quitaste, y sobre ello le has dado muerte con la espada de los ammonitas. En castigo de este delito dentro de tu casa habrá cuchillo que hiera y mate largo tiempo; y porque le deshonrares la mujer, aunque fué en secreto, no faltará quien en públi-

co, y á vista de este sol, deshonre las tuyas.» Penetrado David de las reconvenciones del profeta, reconoció su culpa, y exclamó con profundo dolor: «Pequé contra el Señor.» Dios aceptó el sacrificio de su humillacion y penitencia, é inspirando á Natan, dijo éste: «El Señor, que ve tu dolor, te ha perdonado tu culpa; no morirás; pero porque has sido causa de que los enemigos del Señor blasfemasen contra él, morirá el hijo que te ha nacido del adulterio.» Dicho esto Natan se retiró, y en efecto, el Señor hirió al niño, el cual cayó enfermo luego que nació: recogióse David en su aposento, ayunó y rogó á Dios por la salud del niño; juntáronse los principales de su casa para consolarle, y ni los oyó, ni quiso comer. Murió el niño al séptimo dia de su nacimiento, y no habia quien se atreviese á decirlo al rey: pensaban que quien tanto sentimiento hizo por la enfermedad, mas se desconsolaria cuando supiese su muerte. Entendiólo el rey, y cierto ya de la muerte del infante, vistióse, lavó su rostro, entró en la casa del Señor y le adoró. Volvió despues á su palacio, pidió que le pusiesen la mesa, y comió. Dijéronle sus domésticos: «Cuando el niño aun vivía, llorabas y ayunabas, y ahora que ha muerto te has levantado y has comido. — He ayunado, respondió David, y llorado por el niño, porque supplicaba á Dios que lo sanase; mas ahora que es muerto, ¿á quien he de ayunar? ¿Por ventura podré restituírle á la vida? Antes bien iré yo á él; pero él no volverá á mí.»

Tuvo David otro hijo de Bersabé, que fué Salomon, y á quien amó el Señor, el cual dió palabra á David que seria rey despues de sus dias, y así se cumplió. Con todo aun no era suficientemente espiada la culpa de David. Absalon, otro de sus hijos, primero hizo matar por sus criados en un convite á su hermano Amnon, que era el primogénito, para vengar la afrenta que éste hizo á Tamar, su hermana por parte de madre, deshonrándola con violencia. Luego, despues de haber vuelto á la gracia de su padre, se rebeló contra él, formando un partido numeroso para destronarle. David, que á la sazón tenia mas de sesenta años, se vió en la precision de huir, saliendo de Jerusalem por no esponer su capital á las calamidades de un sitio: pasó el torrente Cedron y subió á la colina de los Olivos, caminando descalzo, cubierta la cabeza, y los ojos arrasados en lágrimas. En esta situacion llegaron los sumos sacerdotes Sadoch y Abiathar, acompañados de los levitas que traian el arca de la alianza, pero David les dijo: «Volved el arca á la ciudad; que si yo halláre gracia en los ojos del Señor, me volverá allá, y me dejará ver otra vez su arca y su tabernáculo. Y si me dijese: no eres acepto á mis

ojos; á su disposicion estoy, haga de mí lo que fuere de su mayor agrado.»

Absalon entró como en triunfo en Jerusalem, y usando de la mayor maldad y bajeza que pueda imaginarse, hizo armar una tienda de campo en un lugar público, y poner dentro una cama, y allí á vista de todo Israel, conoció carnalmente á las diez mujeres concubinas de su padre, que habian quedado en Jerusalem para guardar el alcázar; cumpliéndose así lo que el profeta Natan habia dicho, que si David deshonoró en secreto la mujer ajena, otro deshonoraria las suyas en público.

Iba David afligidísimo de su camino, descubierta la cabeza y los pies descalzos, derramando lágrimas en abundancia, y al subir por el monte de las Olivas, se le presentó Siba, mayordomó de Miphiboseth, con un regalo de pan y vino y otras cosas en dos jumentos; preguntóle David por su señor, y respondió, que quedaba en Jerusalem; añadiendo con mentira y falsedad, que habia dicho que aquel día le sería restituído el reino de su padre. Oido esto de David, sin otra informacion, hizo merced á Siba de toda la hacienda de Miphiboseth. Cuando David llegó á Bahurim, salió de esta ciudad un hombre de la parentela de Saul, llamado Semei, el cual tirando piedras al rey y á los que le acompañaban, decia maldiciones. Pidió licencia Abisai, hermano de Joab, para salirle al encuentro y matarle; mas David le detuvo diciendo, déjalo que me maldiga y afrente, que no se atreviera á hacerlo si el Señor no se lo mandara; el cual puede ser que me perdone y libre de este trabajo si sufriere yo pacientemente esta afrenta, que tengo muy bien merecida. En este hecho mostró David grandemente su paciencia y humildad.

La mansion de Absalon en Jerusalem dió á David tiempo para repararse y engrosar sus filas, en un lugar fuerte y seguro á la otra parte del Jordan. Empezó por fin el hijo rebelde su movimiento, y con toda la gente que le seguia, pasó tambien el Jordan, y sentó su campo frente al de su padre, para darle batalla. Quería David mandar en persona; pero le representaron que era preciso que no espusiese su vida; y así se retiró, mandando antes á sus oficiales que le guardasen á Absalon, y no lo matasen.

Vinieron á las manos ambos ejércitos cerca de un bosque: el de Absalon fué vencido y destrozado por el de David, y murieron á cuchillo y despeñados en las simas, veinte mil israelitas. Absalon, vista su perdicion, huyó cabalgando en un mulo, y llevando desarmada la cabeza, los cabellos que eran muchos

y muy estendidos, al pasar debajo de una frondosa y grande encina, se le enredaron en las ramas de tal manera, por ir sueltos, que pasando adelante el mulo en que iba montado, quedó él colgado en el aire. Fué visto de un soldado, y dió parte de ello á Joab, quien le reprendió porque no le habia muerto; mas escusóse el soldado con decir que habia oido mandar á David que nadie le matase. No obstante esto, fué Joab donde estaba Absalon, y clavóle en el corazon tres dardos ó rejonés; y como todavia palpitase, acudieron corriendo diez jóvenes escuderos de Joab, y le acabaron de matar á cuchilladas: su cuerpo fué echado en una sima de aquel bosque, y sobre él un elevadísimo monton de piedras.

Mandó luego Joab tocar las trompetas y cesar la pelea, dando lugar á los rebeldes que volviesen á sus casas, no queriendo que muriesen mas de ellos. Llegó el parte de la victoria al campo de David, quien preguntaba angustiado: «¿Vive mi hijo?» La respuesta le dió á entender que Absalon habia muerto. Y el tierno padre abismado en su dolor, encerróse en un lugar apartado y solo, donde le lloró amargamente, repitiendo muchas veces esta palabra: «¡Hijo mio Absalon! ¡Absalon hijo mio! ¡Quién me diera morir en lugar tuyo!...»

En la amistad que tuvo David con su hijo se nos da á entender la que tiene Dios con el hombre. Dios es el primero que ama, y el postrero que deja de amar. Primero por el pecado deja de amar el hombre á Dios, que Dios deje de amarle, y así cuadra á este propósito lo que dice el mismo Dios en el Apocalipsi, yo soy primero y postrero.

Turbóse todo el ejército, y la alegría de la victoria se convirtió en pesar visto lo que David hacia. Mas entrando Joab en el aposento donde el rey estaba, díjole: «¿Qué estremos son estos, señor, que has puesto el ejército en confusion, y afligido á los que te han dado la victoria! amas á los que te aborrecen, y aborreces á los que te aman. Te juro pues por el Señor, que si no salieres, y hablando no satisfacieses á tus siervos, ni uno solo ha de quedar contigo esta noche; y peor será esto para tí que todos los males que han venido sobre tí desde tu juventud hasta el presente.»

Con esto el rey se levantó, mostróse al ejército, y agradeciéndoles el buen modo que se tuvo en la batalla, y mandó decir á los que fueron de la parte de Absalon, que no temiesen, que á todos perdonaba. Redújose, pues, todo Israel al servicio de David: y Semei, el que le maldijo al salir de Jerusalem, y le arrojaba piedras, llegó de los primeros á besarle la mano, y pe-

dirle perdon. Abisai, hermano de Joab, muy enojado de ver á Semei delante del rey, dijo: «¿Piensa este buen hombre solo con palabras satisfacer, habiendo maldecido al ungido del Señor?» Mandó David callar á Abisai, y dió palabra con juramento á Semei de que no moriría por el delito cometido. Miphiboseth tambien llegó á David, y dióle queja de que Siba le habia dejado solo, sin quererle obedecer, habiéndole mandado que aparejara un asno para ir en seguimiento de su rey, pues él era impedido de los pies; y que sobre esto le habia falsamente acusado de lo que nunca habia imaginado. En todo esto dijo verdad Miphiboseth, mas no bastó para que David anulase la disposicion que contra él, sin oírle, habia dado, haciendo señor de su hacienda á Siba: solo mandó que la dividiesen entre los dos (*). Vuelto David á Jerusalem, puso á las diez concubinas, que habia Absalon viciado, en una casa separada, donde las suministró alimentos, sin mas tratar con ellas.

Pasado esto hubo grande hambre en el reino de Israel, que duró tres años: reveló el Señor á David, que venia aquel azote por un pecado que Saul habia cometido contra los gabaonitas, quitando las vidas á algunos de ellos. Mandólos David llamar, y preguntóles con qué se satisfarian de aquel agravio. Respondieron ellos que no querian plata ni oro, mas ya que Saul habia muerto á muchos de su nacion, querian que muriesen igualmente algunos de su linaje. Consultando sin duda David al Señor, y sabiendo que su voluntad era que diese á los gabaonitas la satisfaccion que pedian, perdonó á Miphiboseth hijo de Jonatás, y puso en manos de aquellos, dos hijos de Saul, nacidos de Repha, concubina suya, y cinco hijos que Micol habia adoptado, habiendo nacido de Merob, su hermana, y de Hadriel: los cuales fueron crucificados juntos en el monte vecino á Gabaa, como victimas de expiacion. Con este sacrificio se aplacó el Señor, y envió lluvia sobre la tierra, y cesó el hambre.

Considérese en este hecho el rigor de la justicia divina contra los pecadores: muchos años habian pasado desde que Saul

(*) Esta resolucion de David da á entender que no quedó convencido de la inocencia de Miphiboseth, y que solo por un efecto de su bondad mandó devolverle la mitad de sus bienes. Si es verdad, como creen muchos Intérpretes, que Siba estaba presente, su silencio mismo le condenaba; y si estaba ausente, David podia llamarle y apurar la verdad. Entre tanto quedó castigado el inocente, y el calumniador recompensado; y esto por aquel rey que se tenia por el mas justo de la tierra. Esto mismo avisa á los reyes que teman mucho á los lisonjeros. (Scio, *not.*)

cometió aquel delito de crueldad contra los gabaonitas, matando algunos de ellos: y muerto Saul, y perdido el reino, Dios no se aplacó hasta que crucificaron á sus hijos y nietos. Nadie se atreva á pecar, diciendo Dios es misericordioso, porque aunque lo es infinitamente, tambien es justo, y hasta hoy nadie pecó que mas ó menos tarde no pagase la pena de su pecado. Considérese, asimismo, que Dios muchas veces castiga todo un reino por culpa de uno.

Mandó David á Joab que hiciese la numeracion ó encabezamiento de toda la gente de Israel: halláronse de la tribu de Judá quinientos mil hombres de guerra, y de las otras tribus ochocientos mil, no contando las mujeres, ni los viejos, ni niños. Pero advirtiéndole David demasiado tarde que en hacer este censo habia obrado movido de una oculta vanidad y soberbia, le remordió la conciencia, y pidió perdon á Dios de su pecado. Envióle el Señor el profeta Gad, quien le dijo, que por su contricion Dios le perdonaba la culpa; mas para castigo y pena de ella le daba á escoger una de tres cosas: siete años de hambre, tres meses de guerra, ó tres de peste. Consideró David, y dijo para sí: Si pido hambre, á mí que pequé, y por quien viene el azote, poco ó nada me alcanzará; si pido guerra, sucederán muchas insolencias, crueldades y desafueros, de las cuales seré yo siempre el mejor librado. Respondió, pues, al profeta: «Señalo la peste, porque mejor es caer en manos de Dios, cuyas misericordias son sin número, que en manos de hombres.» Vino luego tan grande peste, que desde la mañana á la tarde murieron setenta mil hombres. Tan horrible estrago llenó á David de dolor y consternacion: trocó las vestiduras reales con el austero traje de penitencia, postróse en tierra, y levantando los ojos vió en el aire sobre la era de Areuna Jebuseo, un ángel con la espada desnuda en la mano, la cual estendia sobre Jerusalem: «Yo soy, exclamó, el que he pecado, yo el que he obrado inicuaemente: conviértase sobre mí tu ira, y ten piedad de este infeliz pueblo.» Movido Dios de sus ruegos y lágrimas, le mandó por el profeta Gad que levantase un altar, donde habia visto el ángel, y le ofreciese en él sacrificio. Obedeció David: fué á la era de Areuna, quien luego que vió al rey y supo el objeto de su visita, ofrecióle graciosamente la era, y los bueyes con que araba, para que los sacrificase, y leña; mas David no quiso aceptarlo sino por su precio, y pagándosele, levantó altar y ofreció el sacrificio, con el cual Dios se aplacó, y cesó la peste inmediatamente en Israel.

Nótese aquí en confusion nuestra, lo que este santo rey hizo, que no quiso ofrecer á Dios en sacrificio, sino lo que le costase